

PROLOGO

Lentamente nos vamos acercando a la fecha de 1992. En el plano oficial son mínimos los signos que denoten una preocupación seria por esta aproximación. Los que tuvimos que ver algo con la celebración del Bicentenario de la Independencia de los EE.UU. y participamos en las actividades y aportes que España hizo como contribución, tenemos -por lo menos es mi caso- muy presente aquel programa modélico, parte del cual pudiera servir de inspiración ahora. Un programa de catalogación de los fondos tocantes a la Historia de América existentes en nuestros archivos, una sistemática investigación de determinados temas, o la celebración de reuniones (congresos, coloquios, jornadas, etc.) es algo que ya debiera estar en marcha y dando frutos. Nada de eso se ha hecho. Y a la ilusión inicial ha seguido la sorpresa y el desencanto de muchos, al comprobar la carencia o el desinterés de la iniciativa oficial, y si la hay carece de trascendencia y sus resultados, de vigencia efímera, no irán más allá de 1992.

Supliendo esta atonía ha florecido una variada actividad regional, provincial -no de comunidades autónomas- y privada que cumple dignamente sus objetivos, pero que no obedece a un programa o plan nacional e internacional, como debiera serlo. Empresas privadas se han aventurado a lanzar ediciones facsimilares con transcripciones y estudios de los libros que fueron de Colón. Entidades provinciales han convocado concursos para premiar investigaciones americanistas; no faltan algunas reuniones de ámbito regional; algunos organismos editan colecciones; y organismos hay, como

las Academias andaluzas, que han organizado un congreso con una atractiva temática. Pero todo esto, ciertamente, se venía haciendo y se hubiera hecho sin necesidad del 1992. La novedad consiste en que los concursos de investigación convocados, las ediciones hechas o los premios concedidos, se les ha bautizado con un nombre alusivo o tocante al hecho descubridor. Nada más. La iniciativa llena de novedad, planificada, de equipo, sigue sin darse en 1984. Y es una lástima porque, además, contábamos antes de la fecha citada con otras idóneas para ir tejiendo un programa de actividades, de hondura, más allá del acto circunstancial, caro, y sin consecuencias, que se ha dado hasta la fecha.

Dos o tres regiones españolas están llamadas a desempeñar un papel relevante en 1992. Una de ellas es Canarias, presente en la Historia de América desde 1492. El colombinismo de las islas de Gomera y Gran Canaria pesa en las actividades a organizar y organizadas. El americanismo de todas las Islas viene dejándose oír desde años en su historiografía. Estos Coloquios de Historia Canario-Americana lo prueban. Bianualmente diversos historiadores insulares, de la Península y del extranjero, se han reunido en la Casa de Colón de Las Palmas, para discutir sus aportaciones, luego llevadas a la imprenta. Las miles de páginas ya editadas constituyen hoy por hoy un material de los más importantes con que cuenta la Historiografía Canaria. El estudioso de la historia canaria sabe que forzosamente ha de examinar cuando investiga lo publicado en las revistas El Museo Canario, de Historia de la Universidad de La Laguna, Anuario de Estudios Atlánticos, y también los volúmenes de nuestros Coloquios. Porque en ellos, junto a la novedad de la noticia o de la interpretación que frescas investigaciones facilitan, se encuentra mencionada una amplia bibliografía y, concretamente, en estos tomos del V Coloquio se hallará uno de indudable valor instrumental. Nos referimos al que recoge los «estados de la cuestión» en varias materias muy indagadas -lamentamos que quienes se responsabilizaron de hacer el análisis de la bibliografía relativa a emigración no cumplieran con su compromiso- y las guías o informes de fuentes sobre Canarias conservadas en diversos repositorios de España y del extranjero. Será este volumen un inapreciable instrumento de trabajo, aunque falte aún saber lo que se guarda en otros

archivos y lograr la catalogación de los mismos depósitos canarios. Quienes están al frente de ellos son responsables de tal tarea, porque, es verdad, hay que conservar, pero también clasificar, catalogar y dar a conocer lo que se custodia. Si no se hace eso el material seguirá teniendo un carácter de «indiferente general». Y no hay nada indiferente en este caso. Hace años, con la ayuda de los curas párrocos y de algunos particulares por ellos movilizados, iniciamos la catalogación de los archivos parroquiales de la Provincia de Las Palmas. Resultó de aquella labor un tomo en gran formato y en ciclostil elocuente aunque incompleto. Luego hicimos, y publicamos, el de los Archivos Parroquiales de Sevilla, más complicados que los canarios. Abrigábamos la esperanza que especialistas canarios radicados en el Archipiélago -se impone esta condición- realizaran tal catalogación, y otras, como la ciencia archivística exige, pero el tiempo ha transcurrido y la obra no se emprende, afectada como otras cosas por la «indole dilatoria» que aqueja a algunas personas. Lo mismo ha sucedido con el fichaje y catalogación de todos los artículos publicados en las revistas citadas supra. El trabajo, casi concluido, se guarda en archivadores de El Museo Canario, pendiente de una subvención que permita concluirlo y de algún especialista que se determine a dedicarle unos meses a la clasificación del material.

Todo esto, saber lo que se había publicado en las revistas canarias, redacción de estados de la cuestión, e inventario de fondos sobre Canarias nos pareció siempre una tarea previa en una historiografía, la canaria, en este caso, que no brilla por ser dueña de cuantiosos fondos propios. Pensamos que mucho de esto se podía obtener con los Coloquios que, además, permitían el encuentro entre historiadores dispersados por mor de la geografía o de la actividad profesional que los ha ido situando aquí y allá. Además, eran también los Coloquios una manera de implicar y complicar por así decirlo en el cultivo de la historia canaria a profesionales no isleños. Todo se ha ido logrando, y ya nos parece que es hora de esbozar una Historia de Canarias con sentido moderno. No importa que falte mucho por aclarar -en toda historia falta-, pues de eso se trata; es decir de contar e interpretar lo sucedido con lo que se tenga a manos, y de sugerir e indicar vías y temas de investigación pendientes.

Los Coloquios de Historia Canario-Americana son, pues, una realidad viva desde hace varios años, que el Cabildo Insular de Gran Canaria organiza para cada dos años lograr esa cita de profesionales, cosechar frutos historiográficos y evocar no el 12 de octubre sino el trece... Es decir, todo lo que el doce originó todo lo que vino después del doce, y en lo cual las Islas Canarias jugaron un protagonismo decisivo para su historia. Tan decisivo que aún no ha cesado la relación y la mutua influencia. De tal manera que cuando hacemos historia de las relaciones de Canarias con América, no estamos haciendo la recreación de un pasado, sino tocando temas, situaciones y hechos que persisten en el presente.

La categoría del V Coloquio se vió enaltecida por el paralelo Coloquio Internacional de Historia Marítima, cuyos trabajos figuran en uno de los cuatro tomos que ahora se editan. Eximios especialistas internacionales convivieron en octubre de 1982 con los historiadores canarios en la formación de muchos de los cuales habrá que anotar el conocimiento que un día hicieron en la Casa de Colón de aquellos, conocidos, a lo mejor, de oídas o por un libro leído o estudiado en tiempos pasados.

Con los Coloquios la Casa de Colón sigue acercándose a la fecha de 1992. En ese año, Dios mediante celebremos el X Coloquio. Los patrocinadores y organizadores se lo han propuesto y cuentan con el empeño serio de los historiadores que han estado viniendo a Las Palmas de Gran Canaria, más otros que se unirán en años próximos.

FRANCISCO MORALES PADRON